

## DON JOAQUIN GARCIA MONGE

Lo conocimos personalmente y tratamos de cerca en su amada ciudad de San José de Costa Rica. Casi diariamente íbamos por su casa. Una mansión grande, de vastos y sonoros corredores, arcones antiguos, libros apilados por doquier. Don Joaquín mantenía el timón de **El Repertorio Americano**, una de las más nobles publicaciones intelectuales del Continente. Dialogábamos con él sobre temas de mucha entidad, mientras la noche caía lentamente sobre este dulce país de porcelana tan grato a las veladas antiguas, aquellas donde se puede oír el latido del corazón como en el poema chino.

Don Joaquín era de una franciscana modestia. Como un niño se alegraba de las cosas bellas, de los libros de versos publicados, del movimiento cultural de este Continente nuevo que bracea aún en la infantilidad. Amaba a Colombia con pasión intensa, razonada. Nos consideraba como algo suyo, en esa su vida sencilla, devorada únicamente por la oruga del pensar. Y nos entregaba con su mano, mano de sembrador honrado, cada ejemplar de **El Repertorio Americano** como si fuera su rostro copiado en el lienzo de una Verónica americana y fluvial. Discreto, sencillo, pasaba por todos los sitios de su rincón amado como si hollase continuamente las habitaciones de un convalesciente. Jamás buscó la fácil gloriola, la mentira de la popularidad interesada, ese narcisismo casi mórbido que ha echado a perder a gentes de valía en el mundo del espíritu.

La suya era una tarea apostólica, de ciprés que señala el índice crepuscular de la sombra. Y se ha ido el gran viejo silenciosamente, sin miedo a la Muerte de la cual nos hablaba cotidianamente como la natural invitada al viaje de nuestra sangre. Diminuto marfil, voz de agua y de pena, don Joaquín García Monge tiene señalado un sitio de limpia luz moral en el mundo del espíritu a cuyo servicio estuvo siempre, hasta el minuto final.

A. R. G.